


Mariano Picón - Salas

## RELACIÓN CON LAS ANTILLAS

Del libro *Odisea de Tierra Firme*.

UANDO en la Geografía de Smith para uso de las escuelas hispano-americanas contemplé por primera vez una vista de la pequeña isla de Saint-Thomas, antigua posesión del rey de los dinamarqueses, y, sin sentido de las latitudes, soñé ante los buques de vela anclados en el puertecito y con sus casas de juguetería que los colonos nórdicos copiaban de las que deben asomarse a las orillas del Gran Belt y del Pequeño Belt, ya Saint-Thomas fijaba en mí un dato, una como reminiscencia ancestral o un simple nombre que la inconsciencia coloró de su color fuerte, que por ser Saint-Thomas puerto del trópico en las islas vírgenes, no sería extraño que correspondiera a la realidad. Muchas veces me ha ocurrido este fenómeno: y así la Geografía de Smith, ingenua y mágica como un cuento infantil, multiplicó y agrandó en mí—cuando fuí hombre—sus viejos grabados lineales de un uniforme color negro.

Debí escuchar por primera vez el nombre de Saint-Thomas cuando tenía cuatro años y él se asoció pronto con el olor de la botella de Bay-Rum extraído de la malagueta de Saint-Thomas—que mi abuela guardaba en el escaparate y empleaba para usos tan variados como una jaqueca, las fricciones de una tía que padecía de ciática o para perfumar el baño de uno de los huéspedes, lejano primo tercero o relacionado comercial de nuestra familia.

Después supe cómo se extraía el bay-rum, y las Antillas todas desde Cabo Hatteras hasta la isla de Trinidad, exhalaban un estupendo olor de malagueta.

—La malagueta—decía mi abuelo—es un arbusto de verde más claro, pero de más penetrante aroma que el naranjo. En ciertos riachuelos de las Antillas, amparadas en la sombra y fina arquitectura de este arbusto van las jóvenes mulatas a bañarse. Es un paganismo americano que aún no ha recogido la poesía. No es extraño que aquellas muchachas impregnadas de tan maravilloso perfume, con la gracia del sol en sus rostros iluminados, muchachas cuyo cuerpo es casi rojizo y frutal como los mameyes y zapotes de las Antillas, lograran desquiciar hasta a los respetables gobernadores dinamarqueses de Saint-Thomas. Y de no molestar a mi mujer—agregaba el abuelo—yo hubiera traído de Saint-Thomas una mulata, aunque no fuera sino para que te contara cuentos, aquellos cuentos de piratas y contrabandistas que florecen allí como en tierra siempre conquistada.

«Nuestro contacto con las Antillas—agregaba mi abuelo— aunque ahora no se conciba la tierra firme sin dichas islas: ¿qué harían los emigrados políticos?, es sin embargo relativamente reciente y data de la guerra de la Independencia. Durante la colonia, fijado el inglés y el francés y hasta el holandés en islas que fueron conquistando contra el dominio común del Rey de España los filibusteros, el temor a la herejía y al contrabando nos mantuvieron aislados de su aromoso contagio. Quien a pocas horas de nuestra costa podía llegar hasta la isla de los Gigantes o Curazao, porque diz que los filibusteros bá-tavos asaron allí a un cura, ya podía lanzar improperios contra S. M. el Rey de España. Y en las estrechas callejuelas del barrio de Punda, en Curazao, vivían los judíos, descendientes de aquéllos que vendieron a Cristo. A Curazao llega Bolívar cuando tiene que huir de los españoles, en 1812. Toda esa juventud patriota que huye de los realistas entre los años 12 y 14—los primeros perseguidos políticos—encuentra en las casas de madera de las Antillas francesas y principalmente inglesas, otra sociedad y costumbres más libres que las del supersticioso hogar colonial. Muchos idilios se tejieron a la sombra de las palmas verdes y se abanicaron con el abanico de junco de las muchachas antillanas. Y otros hábitos que no nos dió España y nos civilizaron en los primeros años de la República, nos vinieron por el mismo camino. El uso diario del baño, perfumado con unas gotitas de Bay-Rum, es costumbre de Jamaica o Saint-Thomas. El ron con amargo aromático que nos precave de fiebres y gripes; las navajas inglesas de afeitar y los zapatos blancos que ahora son uno de los ornamentos del «patiquín» de tierra caliente, los conocimos en las Antillas. También las



mujeres con la influencia antillana trocaron la solemnidad y el empaque españoles por una gracia más ágil; bailaron mejor, sustituyeron los trajes coloniales, las sayas de seda negra o de oscuro terciopelo que las mantenían en perpetua semana santa y les daban el aspecto de las imágenes de algún paso, por el ligero piqué o el organdí blanco, que les moldea el cuerpo más graciosamente.»

Para mi abuelo, el más lindo retrato de mujer era uno de 1845 o 1850. Ferrotipo iluminado; bucles que enroscan sobre la nuca su fuego de juventud, y sobre el descote de la garganta que orla el nacimiento del pecho con la espuma de sus encajes blancos, pende de negra cinta, un medallón. Un enamorado de entonces reposaba siempre sobre el pecho de su amada, aunque en el platonismo de un retrato.

—Mi luna de miel romántica—decía mi abuelo—no puede compararse con la de los desabridos novios de ahora. La pasé en la hacienda del Maporal, hacia la tierra llana. Para los montañeses como nosotros, la tierra llana es una maravilla. Mi mujer vivía en el continuo susto de las «tragavenados» y «mapanares». En la noche despertaba sobresaltada y le parecía rastrear las culebras. Pero los vastos corredores de la casa—que fué una antigua hacienda de jesuítas—parecían engrandecernos; andando por un pequeño bosque los enjambres de abejas herícas vertían sobre nosotros su blanco y sólido maná; los negros tornaban del potrero trayéndonos canastas de mangos y de naranjas. Y aquella vida rural le enseñó a mi mujer, fina muchacha de ciudad, todas las cosas útiles que le servirían cuando, el año 59 y a la proximidad de las primeras tropas federales que invadieron la provincia, me enrolé con los «godos» y dejé la hacienda a su custodia. Se transformó en una perfecta dueña de casa. Preparaba ella misma los parches de «caraña», para los peones que llegaban a la casa sangrando sus picaduras de escorpión o de gusano pollo; fabricaba el anisado que se les vendía en la pulpería, salía a vigilar las siembras más diligentemente que el mejor caporal.

«Entonces no había tanto paludismo en la tierra llana. El paludismo parece que lo trajeron también *los liberales amarillos.*»

\*\*\*

Mi abuelo era montañés; hombre de tierra alta, «guate» como llaman al serrano en Colombia, «lanudo» como lo denominan en los Andes de Venezuela. Pero remontando más en la historia de la familia, yo salía al mar. Salía con mi bisabuela Anita Guillaume, a quien las crónicas de Cumbres a mediados

del siglo pasado llamaban «La Martiniqueña» y que casó con mi bisabuelo al concluir la guerra de Independencia, en la ciudad colombiana de Cartagena. Anita Guillaume era hija de un farmacéutico francés, hombre chiflado que, como se verá posteriormente, buscaba en Nueva Granada, después de haber ejercido su profesión en Martinica, ciertas raras cortezas y resinas tropicales que pensaba adaptar a la farmacopea de Europa. Cuando se celebró el matrimonio, el yerno propuso al suegro que los acompañara a aquella distante ciudad de los Andes venezolanos donde iban a fijarse. Después de once años de vagar entre las tropas patriotas de la Nueva Granada y provisto de aquella magnífica condición para la vida sedentaria que es poseer una mujer—y una mujer como Anita—mi bisabuelo pensaba en las haciendas de su familia abandonadas cuando la emigración patriota de 1814 y en la anchurosa casa provinciana donde vivieron y fructificaron en la holgura de los días coloniales tantas generaciones de Riolid. Acaso en 1813, cuando salió de la casa paterna, mi bisabuelo pensó tornar convertido en un héroe. Pero los héroes abundaban en aquel tiempo. El panorama que al principio le fué nuevo y peligroso, tomó después, a pesar de las marchas y contramarchas, batallas y retiradas, la uniformidad de los días. Estuvo enfermo, fué herido, pasó sus largas semanas de fiebre, bajo el caney de paja en la tierra caliente, como tantos otros patriotas. Mereció como otros figurar en alguna proclama o parte del Estado Mayor. También como los demás tuvo esos amores breves y epidémicos en la ciudad donde las tropas acantonaron varios días. Tiempo de las vacas gordas y de las vacas flacas. Una semana de descanso en Bogotá donde se juegan a los dados o al monte los sueldos de todo un año. Estos militares de la Gran Colombia son jugadores empedernidos. En 1823 los jóvenes colombianos que querían agregar un laurel más a su carrera o ir a reconquistar el tesoro de los Incas, se dirigían hacia el Perú. En Guayaquil, ya que Colombia estaba exhausta de 13 años de guerra, empezaba un mundo distinto; empezaba el Dorado.

—Y Ud., Riolid, ¿no se va?—le preguntaron algunos amigos y conmlitones.

Pero mi bisabuelo que acaso hubiera sido un hombre tranquilo, casado en la adolescencia a no mediar la guerra, miraba tan sólo a ese rectángulo que formaba en su imaginación la plaza de Cumbres con la Catedral y la Cárcel a dos costados fronteros:

—Yo vuelvo a mis hacienditas. . .

—Já, já, este hombre piensa después de diez años en sus ha-



cienditas que si no se las comió la plaga se las comieron los realistas.

No importaba: por lo menos al fondo de la vieja casa provinciana de Cumbres estaría María Trinidad, la última esclava fiel, que cuando sus amos se fueron quedó cuidando la pompa de un pasado extinguido.

La vieja Trinidad crió a don Pedrito.

Y con deseo de retornar ya definitivamente a la tierra nativa y ser un Riolid como los otros, los Riolid agricultores, hombres sedentarios y prolíficos, estaba en el puerto de Cartagena en 1823. En Cartagena se enamoró de Anita Guillaume.

—Si se casara, y volviera con ella a Cumbres...

Anita accedió. Mi bisabuelo la había avasallado con su dolmán azul de oficial de Colombia. En uno de los bricks que a través de Santa Marta y Riohacha se dirigían al golfo de Venezuela, emprendieron el viaje.

Monsieur Guillaume—el suegro—que se negó a acompañarlos porque acariciaba entonces fantásticos proyectos o empezaba a ser tocado por la «centella», como llaman en el trópico las manías y chifladuras, se quedó en la botica de Cartagena machacando su mortero.

Riolid y Anita iban a la conquista de un mundo distinto.

\*\*\*

La casa de Cumbres y Cumbres misma, ciudad verde, montañesa y católica, perdida en la hermética serranía, a diez días del mar, les recibió en el momento en que las familias emigradas y los hombres que fueron a la guerra regresaban con retenido deseo de permanencia.

Y nunca parecían más gratas las abandonadas casonas coloniales, con su gran patio, sus alcobas oscuras, el oratorio de imágenes quiteñas y bogotanas y el vasto solar donde el gallo multiplica su clamor y un chirimoyo doblega contra la tapia derruida su carga de frutos redondos.

Hay también el aljibe cubierto con la telaraña de muchos años; el gran ojo verdoso del aljibe, junto a cuyo brocal las viejas sirvientes mulatas conversan. Y la piedra de moler, centenaria; la piedra de moler que en las casas andinas se transmite de generación en generación y mientras más pulida está por el tiempo amasa el maíz más sabrosamente.

Todo lo encuentran Riolid y Anita. Y mientras ella se reparte como el sol, iluminando y dando vida nueva a los empolvados objetos familiares, él revisa las amarillas escrituras del siglo XVIII que contienen deslindes y títulos de propiedad.

Todo conviene esclarecerlo después de la interrupción de la guerra. Hay pillos que se han aprovechado. Usufructuantes que alegan la prescripción. Nuevos meandros que formó el río. Cercas y linderos destruídos.

Mi bisabuelo acudía al Derecho Español o al testimonio de los hombres mayores que, como el mulato José Gabriel, veterano caporal de los Riolid, guardaban la topografía de la hacienda en su memoria.

—Aquel guamo era el lindero en 1809. Y detrás de esa cuchilla empezaba la otra posesión.

Mi bisabuelo y sus peones restablecían con sus propias manos, derecho ejecutivo, único posible, los linderos tradicionales. Los perros sueltos y un hombre agazapado con su carabina, saben imponer el respeto.

Y cuando todo estaba consumado, los abogados de Cumbres le ponían la letra y el firuleteo jurídico.

Pero lo importante era que en 1827 ya se recogía la primera gran cosecha. Largos arreos de mulas llevaban los productos a la costa. Y por los desfiladeros andinos resonaba el nombre de mi bisabuelo.

—Es hombre muy activo; aprendió mucho en los años de emigración, y para las elecciones de 1831 conviene designarlo Gobernador.

Anita ayudaba a su marido en aquellos años difíciles, y le ayudó tanto, que en el curso de un mismo año—en febrero por la Candelaria y en diciembre por Navidad—le dió hasta dos hijos.

Alguna vez, como una reminiscencia del pasado y el paisaje antillanos, tan diversos de este presente y este paisaje del interior de Tierra Firme, llegaba una carta de Monsieur Guillaume. El pobre viejo solitario en su botica de Cartagena y sin ese asidero en la realidad que era la compañía de Anita, se entregaba a los cuentos y fantasías que en aquella tierra calurosa florecen como el híbrido producto de tres razas supersticiosas y sensuales. Monsieur Guillaume aún miraba el Trópico con la pupila legendaria de los hombres que escribieron los más extraños relatos de viaje. Tipo de nuevo conquistador, así como los otros buscaron el oro y la plata, Monsieur Guillaume quería descubrir en los bosques de América fragantes cortezas y emolientes bálsamos de que no hablaran sus libros de Farmacia. Y se dejaba arrastrar por la voluntad oscura de esa tierra de mitos: los negros que practican fórmulas mágicas; las viejas que sacan el mal, las beatas que acuden a las reliquias del santo mártir Pedro Claver. Todo en América le era extraño y nove-



lesco. Y aún había para un hombre de caldeada imaginación como la suya, nuevas tierras de El Dorado. Por ejemplo, esos indios guajiros que en el extremo norte de la costa colombiana han resistido como ninguna otra raza a la civilización española; viven hasta cien años, practican la poligamia y se defienden de la vejez y la enfermedad con los ritos y medicinas de sus mojanas. Las muchachas guajiras—y cuentan entre las más hermosas mujeres indias—ofrecen a la luna que rige toda la cronología y la vida religiosa de su pueblo, su primera sangre púber. Y antes de ser el perfecto flechero y el perfecto jinete que es cada indio, sufren un rito de iniciación en la soledad de la estepa, perdidos entre médanos arenosos, acostumbrando el ojo al espejismo del desierto, buscando con el instinto de un perro perdiguero el más subterráneo hilillo de agua. Tanta atracción ejercerán éstos indios, tan grandes problemas humanos habrán resuelto, que más de un hombre blanco que penetró a su territorio, con ánimo de explorarlo, se quedó entre ellos, tomó diez esposas y no quiso tornar a la vida civilizada.

—¡Qué de secretos interesantes para la Ciencia y particularmente para la Medicina, conocerán los guajiros!—pensaba Monsieur Guillaume.

Y ya se disponía a realizar su extraordinaria aventura. Un día estaba en el puerto de Riohacha, última avanzada granadina sobre la tierra semibárbara de los guajiros. Desde allí envió a Anita, como quien va a la gloria o a la muerte, sus últimas disposiciones.

Al través de medrosos sueños, Anita veía a su padre atravesando desiertos, viviendo en campamentos de nómades, comiendo manjares horribles, cautivo de una tribu cruel, como el héroe de un enmarañado folletín.

\*\*\*

El episodio de Monsieur Guillaume se interrumpe después como sucede con muchos otros hechos de la mitología familiar. Con las calmas chichas que sufrían los bricks en el mar de las Antillas y la larga ruta terrestre que seguía después, las comunicaciones de Riohacha a Cumbres tardaban hasta veinticinco días.

En Cumbres, además, el matrimonio Riolid Guillaume tenía mucho que hacer. A sus negocios agrícolas mi bisabuelo agregaba ahora nuevos negocios comerciales. Había establecido una tienda de ropa en una esquina de la plaza a la que <sup>le</sup>dió el nombre prometedor y progresista de «Almacén Las Novedades». Aquella tienda de ropa precisaba surtirse: y Saint-

Thomas, en las Antillas, isla del Rey de Dinamarca, era puerto franco. Los judíos de las tiendas de Saint-Thomas tenían siempre para los comerciantes de Venezuela sabroso contrabando.

A pesar de lo arriesgado del viaje, mi bisabuelo iba cada dos años a Saint-Thomas. Por si la goleta naufragaba, o los pasajeros se contagiaban de vómito negro, o al pasar por alguna de las islas del itinerario uno de los conos volcánicos de las Antillas empezaba a vomitar su lava, su azufre y sus piedras hirvientes, mi bisabuelo antes de partir hacía testamento. Su mujer quedaba a cargo de los hijos y los negocios; tarea más simple en aquella sociedad patriarcal. Con el «Almanaque de la familia cristiana» y marcando sucesivamente los signos del Zodíaco, se computaba la ausencia de mi bisabuelo. Hasta que un día éste reaparecía. Y era tan flemático, que contaban que una vez, cuando Anita Guillaume aún lo suponía en las lejanas Antillas, al abrir ésta una mañana la puerta del escritorio, lo encontró tendido en la hamaca. Había llegado en la noche sin anunciar. Otra vez, cuando retornaba de Saint-Thomas, mi bisabuelo quiso visitar algunos lugares de la Nueva Granada, muy ligados a sus recuerdos de juventud. Cartagena de Indias donde se licenció del ejército patriota en el ya lejano año de 1823 y contrajo matrimonio, y Riohacha donde ahora vivía muy viejo y ya curado de aventuras su suegro Monsieur Guillaume, estaban en el itinerario.

En Cartagena miró una ciudad en decadencia. Ya no era el puerto más importante de la Nueva Granada. Siempre una multitud fanática en la que prevalecen los más curiosos ejemplares raciales, colma las viejas iglesias de piedra y da color a las procesiones. La Cartagena republicana pero católica hace procesiones por cualquier motivo: porque reina una sequía muy larga y hace mucho calor o bien porque San Francisco sacudió con inusitada violencia su cordonazo de Octubre y en el mar de Don Pedro de Heredia se desencadenan grandes tempestades. Sin embargo, al corrido balcón de una casa de Cartagena, torneado con churrigueresca frondosidad, se asoma una muchacha y descorre la persiana de junco, evocando la gracia de Anita Guillaume en 1823.

Riohacha es otra cosa. Es una especie de ciudad-campamento, en el confín de la vida civilizada, donde el aventurero que llega edifica su casa con cuatro pies verticales de madera, cubiertos de hojas de palma. Cerca del muelle, en una casita techada de zinc, con una sola puerta exterior, está la «Botica Francesa» de Monsieur Guillaume. Hay en la Riohacha de ahora una pequeña colonia extranjera, principalmente fran-



cesa, que tiene su tertulia en la botica, Acuden a charlar de las cosas de Europa, de una Europa de treinta años atrás o de la que informan los retrasados semanarios granadinos. Es posible que si estos franceses hicieran un análisis retrospectivo de sus conciencias, no las hallaran enteramente limpias. Uno de ellos es un antiguo marino, negrero en los buenos tiempos de la negrería, que se fijó en Nueva Granada después que naufragó su velero en las Antillas y la trata de esclavos se ponía más difícil. Otro llegó contratado por un Cónsul colombiano en Europa para horadar pozos artesianos en las secas regiones del Noroeste. No era esta su especialidad y pronto se mellaron los costosos instrumentos de sondaje contra la roca dura. Entonces se convirtió en constructor y edificó una especie de gasómetro con torreón de calamina, que se llama iglesia en Riohacha. Y el último de los miembros de la respetable colonia francesa cometió la imprudencia de contraer matrimonio «morganático» con una negra aguerrida y contumeliosa, que le ha dado muchos negritos entreverados y manda arbitrariamente sobre su persona, costumbres y ganancias.

Todos ellos se reúnen donde Monsieur Guillaume que recaló con sus proyectos aventureros tras el pequeño mostrador de esta botica. Contaban en Riohacha que una vez salió de la ciudad dispuesto a fijarse entre los indios. Iba en uno de esos pequeños caballos que en la costa granadina reemplazan a los caballos de altiplanicie, los caballos de largo pelo y alta estampa, en que el «guate» montañés pasea por tierras más húmedas y verdes. Ya pasado el río, Monsieur Guillaume miró perfilarse en el claro horizonte antillano las últimas casas de Riohacha. Y empezaba la tierra pedregosa de la Guajira; tierra de nómade pastoreo, sembrada de cactus y de agudas lajas. Un sol de perenne mediodía prendía su metálica angustia sobre la tierra plana; sol que hace mal a la epidermis blanca. Leguas y leguas de errancia hasta llegar al sitio de las primeras tribus. Monsieur Guillaume sufre de calor, de soledad, de la monotonía del panorama. Piensa que a esta hora paseaba por los malecones de Riohacha y se entretenía viendo la descarga de los veleros. ¿Qué va a hacer en la Guajira? El ya carece de la energía suficiente para tomar diez esposas, que es la acción más entretenida que puede realizar un blanco entre los indios. Comprueba que no tiene disposición para la vida nómade. Y en cuanto a la farmacopea indígena, será mejor estudiarla en el mercado de Riohacha.

Volvió, con nostalgia, a establecer esta «Botica Francesa». Es ahora como un abuelo ingenuo. Un personaje casi folklórico

en el medio riohachense. Lo han elegido Director de un esporádico y poco numeroso «Círculo Francés» que celebra sus reuniones en la botica y se hace representar en todas las solemnidades. Cuando hay algún «Te-Deum» en la Iglesia Matriz de Riohacha el orden de precedencia del gobierno e instituciones es el siguiente:

- 1.º Gobernador,
- 2.º Cónsules extranjeros,
- 3.º Círculo Francés.

Estas cuestiones de ceremonial tiene mucha importancia en una ciudad pequeña y que heredó muchos prejuicios coloniales como Riohacha.

Sin embargo la gloria es lo último que un hombre se resigna a perder; y en un cuadernito que Monsieur Guillaume espera que ha de llegar quién sabe por qué misterioso conducto hasta las sociedades científicas de Europa, va escribiendo sus observaciones de América, las extrañas terapéuticas que ha visto aplicar, los ritos mágicos de los negros de Martinica, las resinas y cortezas que se emplean en la Nueva Granada.

Así cree rehabilitarse de su presente oscuro.

\*\*\*

De vuelta de Cartagena mi bisabuelo tocó en Riohacha. La goleta «La Chiquinquirá», camino de Maracaibo, sólo hacía en el puerto escala de un día; lo suficiente para que mi bisabuelo viera a su suegro.

Los tertulianos del «Círculo Francés» que antes de empezar su trabajo que nunca apremia—¡oh generosa tierra tropical!—echan un párrafo en la botica, distinguieron desde la puerta la presencia de un recién venido, con el traje blanco y el sombrero «suaza» que acostumbran los viajeros en el trópico. Hablaba calurosamente con Monsieur Guillaume. Ellos no se atrevieron a entrar.

Después, durante varias horas, la botica estuvo cerrada. Las gentes ociosas que no faltan en los pueblos pequeños contaron que M. Guillaume, de bracero con el desconocido, había ido a almorzar al Hotel de Riohacha. Es raro que en dicho hotel alguien pida un almuerzo. Y mientras almorzaban, el desconocido convidaba a M. Guillaume para que partiera en su compañía. La goleta salía a las seis para aprovechar del fresco terral.

Se rumoreó en Riohacha que M. Guillaume también partía.

Pero a prima noche, los compatriotas franceses fueron a husmear de nuevo a la botica. Daban ya por hecha la traición del



amigo. El viaje de M. Guillaume parecía destruir su espíritu de cuerpo. Y, milagro, la botica estaba abierta. Y a la luz de un candil de kerosene, como todas las noches, M. Guillaume machacaba en su mortero.

—¿No era cierto entonces, que Ud. se iba?—preguntó uno de los tertulianos.

—¿Qué?—respondió M. Guillaume—. Mi yerno rico vino a buscarme. Pero los viejos somos mañosos y ya no podemos cambiar de lugar y costumbres. No quise irme. Mi yerno me dejó este recuerdo.

Y les alargaba un pequeño ferrotipo, sonrosada efigie de Anita Guillaume en ceñido traje romántico.

Y palmeando estrepitosamente los hombros de M. Guillaume; pobres almas sencillas, se fueron a beber—en conmemoración de estos sucesos— una copa de aquella negra y amarga cerveza de Liverpool, que como bebida preciosa los bergantines británicos llevan a las Antillas.